

“Da minha aldeia veio quanto da terra se pode ver no Universo...
Por isso a minha aldeia é tão grande como outra terra qualquer
Porque eu sou do tamanho do que vejo
E não do tamanho da minha altura”¹

(Alberto Caeiro, “O Guardador de Rebanhos”)²

(1*) MAFARRICO, ALMEIDA Y CÍA.

(En primer plano, se aprecia un piano.

No en todas, pero sí exclusivamente sobre las teclas blancas, como si fueran las cartas marcadas por un tramposo tahúr, se superponen diversas letras.

Conforman un texto que, ordenado en semejante desorden, es imposible poder entender:

d-u-e-d-g-E-s-o-s-a-r-t-a-g-a-n-o-i-a-l-u-e-l-e-G-e-p-a-l.

¿Pretende acaso el pianista, haciendo uso de un ardid, reírse de su auditorio? ¿O, simplemente, es un signo evidente de su excentricidad?

Nuestra sospecha –pues, siendo dos las cuestiones, se reducen a una sola intuición- podría verse al instante confirmada si nos fijamos en sus manos, las cuales agita temblorosas en el aire.

¹ Desde mi aldea veo cuanto desde la tierra se puede ver en el Universo.../ Por eso mi aldea es tan grande como otra tierra cualquiera/ Porque soy del tamaño de lo que veo / Y no del tamaño de mi altura

(Versos que aparecen en “El Guardador de Rebaños”).

² Alberto Caeiro es uno de los heterónimos de Fernando Pessoa.

Por algún motivo, ha decidido transfigurarlas en unas garras de pájaro de gran alzada que, aparte de sorpresa, causan una aprensión natural a quien observa la escena.

Cuando las dejar caer, posándolas con máxima gravedad, en un gesto del todo excesivo y ampuloso, estas letras dispersas y carentes de significado que, como resultado de una suerte de borrachera idiomática, se encontraban -como hemos dicho- superpuestas en el teclado, se recomponen rápidamente, pudiéndose, entonces, leer...)

En la aldeia portuguesa de Galegos...

(Se escucha “Nuvole Bianche, de Ludovico Einaudi)

... la luna se había engalanado aquella noche con guirnaldas de luz y misterio, rompiendo, con su resplandor, las tinieblas que se ciernen sobre las siluetas de que están hechos los sueños, las esperanzas y hasta las maldades que pueblan el mundo.

(Varias nubes viajeras, con semblante triste, atraviesan este escenario, arrastrando maletas llenas de presagios.

Mientras, de fondo, se oyen los cencerros del ganado desperdigado por los campos; el ladrido impertinente y continuado de algún perro receloso -o, más en concreto, de Barítono-; el sorprendido ulular del búho; así como el alegre croar de las ranas que, en algún arroyo, festejan en grupo el siempre gozoso advenimiento de la oscuridad.

Las nubes -de las que nunca se ha dicho que sean sordas- exhiben, ahora, unas protuberancias a modo de orejas.

Pasa un cirrocúmulo.

Ha descendido justo para presumir de su etérea estampa, al mostrar lo que semejaría un cráneo alargado de connotaciones africanas. O, quizás, se trate solo de un marciano emboscado, es decir, un ser extraño en misión rutinaria.

En dicho tránsito, se abre un ojo, afeado por una horrible ojera.

Cuando estas nubes desaparecen, hay ocasión de ver a Mafarrico, un buitre miope, al que se le descubre aupado sobre un inaccesible promontorio.

Con evidente esfuerzo, despega el otro ojo, el cual resulta enmarcado –también– en una ojera monumental, pero mayor y más oscura.

Por lo demás, luce unas gafas de color pistacho).

-Desde hace años, no puedo dormir en condiciones por culpa de los ladridos de ese infernal perro insomneee... ¡Algún día le hincaré el pico, y no pararé hasta haber engullido, en-te-raaa, su alma pu-tre-fac-ta! (su voz suena, como siempre, arrastrada y con tintes suntuosos; pero, en esta ocasión, además, malhumorada, al tiempo que la baba le rezuma por el pico).

Acto seguido, una aglomeración de cirros opacan al astro nocturno, sumiendo la imagen en una completa invisibilidad; mientras que, con el rumor de una tormenta que se avecina -y, después, del estruendo que produce la manta de agua que riega la escena-... (se escucha el conocido quejido de algo que parece presto a ceder, causando un cierto temor al espectador; en la confianza, sin embargo, de que no sea la butaca que ocupa)..., se suceden más sonidos animales, como el grito estentóreo de algún ruidoso murciélago.

En esta vida que bulle en toda su pujanza, se adivina el trasiego apresurado de todo tipo de residentes: como el del paticorto armadillo embutido en su aparatosa coraza; el del erizo moviéndose como un solitario alfiletero; y el de alguna serpiente que anda o, mejor dicho, se arrastra, despistada, o bien, quizás, solo asombrada de no encontrar nada capaz de ser abrazado con la reputada pasión que la distingue.

(Se vuelve a oír un chirrido, pero esta vez mucho más fuerte y sospechoso que el anterior.

Luego, algo que, aunque no se vea, se intuye con meridiana claridad que se desliza, que rueda con brío -siguiendo una ecuación de dinámica- por una pendiente que debe de ser acusada; hasta que, finalmente, descarga la fuerza cinética acumulada en un monumental impacto.

En el siguiente plano, de un modo fugaz, se descubre un dormitorio destartado, con una palmatoria encendida que apenas alumbra.

A continuación, como impulsado por un resorte, alguien se alza del lecho y, tras un golpe seco, se escucha, salpimentado con una blasfemia que reproducimos como “puta que pariu”, un alarido de dolor.

El techo se vislumbra hundido, apenas a dos palmos sobre el cabecero de una cama en la que reposa...

Agostinho, con el pelo revuelto, coge la palmatoria y, con paso vacilante, se dirige al baño. Aproxima el rostro a un espejo de pared y se alumbra cuanto puede. Parece consternado. Las legañas que cubren sus ojos no le impiden apreciar el enorme chichón que le ha brotado en medio de la frente. Suelta otra maldición –“Que porra é essa?”³.

Regresa a la habitación y, dando vueltas desesperadas en torno a ella, con las pupilas dilatadas de puro asombro, queda fascinado ante el espectáculo que ofrece el hundimiento del techo.

Tras unos instantes, acaba concluyendo que, pese a su avanzada edad, el Infierno, al haberle hecho nacer de nuevo, le ha dado una segunda oportunidad. Quizás por eso se dirige al baño; para ensayar una especie de ritual.

Deja que, al más puro estilo bautismal, el agua del grifo le empape a conciencia la cabeza, al tiempo que, con afectación en el gesto, mientras se yergue -que es como decir mientras

³ Expresión portuguesa para expresar “¿qué mierda es esta?”

chorrea, sin importarle, el suelo- da las gracias a no se sabe quién. Bueno, sí, al mismísimo Averno).

Poco a poco, el amanecer eclosiona, como salido de un huevo, portando consigo el nacimiento de una tenue luz.

En la gruta horadada de aquella montaña con orientación sur, cuyas toscas paredes interiores aparecen lustradas con pinturas rupestres, distinguimos, de nuevo, a un displicente Mafarrico, acompañado de una numerosa comunidad de buitres negros.

Todos parecen dormir. Todos, excepto uno.

Es O Céu; o así es, al menos, como se le conoce.

Éste, luciendo un pañuelo atado al cuello, parece absorto en la magia que le proporciona un rudimentario telescopio, el cual le permite el lujo olvidado de contemplar, con tranquila fascinación, el firmamento.

Justo abajo, se erige una casa, construida en piedra y madera que, a veces, resulta ocupada por turistas que vienen de más allá de una frontera difuminada por los tratados. Solo de modo ocasional, a través de su chimenea, exhala un humo denso y oscuro, mientras las termitas, en su audible bacanal, no cesan de engordar.

A una prudente distancia, se divisa el núcleo de la aldea en la que, con sordo bullicio, laten vida y miserias, alternándose en un agitado ritmo de sístoles y diástoles.

Por doquier, botellas de plástico, llenas de agua, colocadas tanto en las puertas de las casas como en los repechos de las tapias y ventanas, tratando así de alejar, sin éxito, a visitantes indeseados. Puede que sea debido a la tropa escuálida de gatos que, hastiados de una soledad campestre, en pos de una dieta ratonil, buscan con ansia la caricia de una mano solícita, el calor de un hogar o, simplemente, las

posibilidades que ofrece un terreno inexplorado en el que maullar mientras se hacen, con gozo, las uñas.

Al otro extremo, a un huso horario de distancia, se extiende un reputado país que –aunque nunca lo reconoceríamos en público- se afana en trampear, en mortificar, si es que no en expulsar a cuantos desencantados va dejando. A él se accede por una carretera que, como un cordón umbilical, une a dos territorios hermanos -que lo son porque, simplemente, fueron paridos por la misma península madre-.

-¡Arriba, muchachos! ¡Se acerca la hora de surcar los aires para patrullar nuestros dominios! –dice Mafarrico, a voz en grito, haciendo que algunos, de un salto, se levanten, mientras que otros se dedican al noble arte de remolonear sobre las redondas piedras que les sirven de mullido lecho.

(Poco a poco, se disponen a practicar su ceremonial mañanero, consistente en la Runa Fa⁴.

Pretenden colmarse, así, de energía y de buenos propósitos.

Se sitúan en fila, en dirección al Sol y, entonces, con una visible emoción, cerrando los ojos, extienden las dos alas al frente -la izquierda algo más elevada que la derecha-.

Inhalan profundamente. A continuación, exhalan de modo lento y contenido. Este proceso de “pranayama” lo ejecutan varias veces.

Se les oye a todos repetir al unísono las palabras de invocación que, con la ostentosa solemnidad de un gurú, pronuncia Mafarrico:

“Fuerzas maravillosas de la Naturaleza...,

Avivad mis fuegos sagrados para que mi conciencia despierte...

Faaaaa...

⁴ Rito gnóstico para saludar al nuevo día.

Feeeeee...

Fiiiiii...

Foooooo...

Fuuuuuu ... ”.

Sigue un murmullo inentendible)

Una vez concluido el ritual, los más dispuestos –es decir, los más hambrientos de emociones- saltan al vacío. Lo hacen planeando con unas alas insondables -sin las cuales nada serían- y para ello aprovechan el empuje coadyuvante de las corrientes. Se quedan así, durante horas, suspendidos en el aire, sin apenas ejercer esfuerzo, mientras fijan con determinación la mirada en la tierra, concentrados como están en detectar el más mínimo movimiento que pueda producirse, porque éste siempre vendrá preñado de alguna posibilidad susceptible de ser explotada.

Desoyendo las sonoras protestas de un estómago que clama por un bocado que digerir, llevan a cabo, en su deambular aéreo, todo tipo de acrobáticas piruetas y giros de elegante estampa.

Por su parte, como era en él habitual, Freitas, con un batín de flores que le bailaba sobre el lomo, prefirió quedarse en la cueva pintando; esto es, aparentemente ocupado en un empeño restaurativo de aquellas pinturas tan antiguas. En realidad, la entrega o consagración que demostraba en esa labor podría, al final, quedar reducida, sin faltar por ello a la verdad, al simple prurito de este buitre por seguir engordando una vanidad ya de por sí en exceso deformada.

De hecho, el innegable legado que significaban las obras pictóricas de su pétrea morada compartida –por lo demás, tan bien conservadas- se habrían perdido irremisiblemente de no haber sido por su aplicada y constante labor de mantenimiento.

Freitas, dicho sea de una vez y con mayúscula, se veía a sí mismo como un artista de los que ya no quedan. Gozando en su autoimagen de esta aristocracia, no le parecía digno de su condición hacer de vulgar patrullero en un hábitat que, para colmo y desgracia de todo bicho viviente, había perdido la salubridad de antaño.

Por eso, desde su más firme convicción, proclamaba que correspondía a sus otros compañeros el dedicarse a estos menesteres, pues arrastraban la desgracia -léase maldición- de haber nacido sin su excelso don. Es decir, que éstos carecían de su talento inconmensurable -afirmación que hay que interpretar desde la franqueza que le otorgaba su proverbial inmodestia-.

Además, Freitas -que era, con diferencia, el decano de su comunidad- blasonaba, en su vejez, de haber poseído (y practicado) un secreto. Declaró que se trataba ni más ni menos que del elixir para una larga vida. En realidad, llevaba ejercitándose en él desde..., “desde siempre”, es decir, desde tiempo inmemorial -como no se cansaba de repetir- y, precisamente, desde aquel lejano día en que, en su añorada juventud en Serra da Estrela, hojeando un libro, lo descubriese por azar.

Afirmaba que si este secreto -cuyos orígenes, además, se remontaban a tiempos tan pretéritos- fue contrastado por quien llegara a ser médico de hasta tres reyes longevos de Francia (aunque nunca recordase ni el nombre del eximio doctor, ni tampoco el de sus regios pacientes), alguna credibilidad era preciso otorgarle.

De este modo, aovillado, como era ya en él costumbre inveterada, se afanaba en defenderse de los embates del frío, el cual, según lo aprendido, era el principal enemigo del calor que sostiene con vida al cuerpo.

Evitaba, por tanto, la humedad, extremando la precaución por todos los medios a su alcance y, por si acaso, añadía alguno más.

Al viento se exponía, así, lo justo, pues era considerado un enemigo que portaba, a hurtadillas, cápsulas emponzoñadas que penetraban por la nariz, por los ojos, por las orejas y, finalmente -con la mayor cautela-, por los poros del cuerpo, adueñándose, primero, de la salud, para acabar, luego, tiranizándola hasta la muerte.

Por eso, nunca se le verá volar. De hecho, sus alas enclenques -diríase, incluso, que tronchadas, debido a la falta de tonicidad- le arrastraban, lastimosamente, por el suelo, como si fuesen un apéndice inútil del que, ante lo impensable de desprenderse de él, cumplía con el mayor estoicismo la condena perpetua de soportar.

Abstraído, absorto en sus pensamientos, prefería permanecer inmóvil, recorriendo con su vista marchita, sin ningún objeto aparente, las paredes de la gruta. A veces lo hacía, en una actitud impostada y cómica, enarbolando sus adorados pinceles, en un acto por trasladar al mundo la glamurosa actitud que es de imaginar en un pintor que, aunque sea en el mundo de sus fantasías, se cree en la cúspide de la fama. Y se dejaba también admirar, o acaso -debido a su edad e influencia en la comunidad- puede que solo adular, si es que no compadecer, por aquellos proletarios que, solemnes en su zafiedad y astucia, buscaban granjearse su favor.

El día iba a ser menos productivo de lo que otros, más felices, habían resultado. Al menos para aquéllos que, por imperativo social, eran los encargados de nutrir los buches de los que habían perdido la facultad de hacerlo por sí mismos, entre los que, naturalmente, estaba Freitas.

Ajeno a las necesidades de lo cotidiano, una jornada más, se dedicó a su conocida obsesión. Todo fuera por labrarse un mejor futuro -curiosa palabra, a su edad- en pos de ese

reconocimiento que, a pesar de su huera presunción, era consciente, en los herméticos límites de su fuero interno, de no haber alcanzado aún; deseando, en lo más profundo, que aquél, de llegar verdaderamente algún día, tuviera la deseable puntualidad, es decir, el buen gusto, de no hacerlo de modo póstumo.

Aunque es cierto que bostezó, y hasta que lo hizo en exceso, en realidad, no fue de aburrimiento. Sin duda, él también se había visto desvelado la noche anterior por los impertinentes ladridos de Barítono, el perro de Almeida, el granjero.

De entre los animales que convivían con éste, el enorme can del que hablamos, un rafeiro alentejano de pelo leonado, se creía en una posición de dominio y, como enseña -o, al menos, demuestra la experiencia- hacía impúdica ostentación de ello.

Almeida era un hombre... ¿Cómo lo diríamos para no equivocarnos?... ¿Cándido?... O, quizás, por expresarlo con mayor precisión, ¿cándido en extremo? Desde luego, el superlativo sería, en nuestra opinión, mucho más exacto, aunque fuese desde un punto de vista aparente.

Se encontraba aquejado, de una forma singularmente llamativa, por los tics propios de las personas que han vivido solas durante demasiado tiempo.

En el indescifrable silencio de aquellas montañas, la soledad no era tal, sino una compañía muda y, al mismo tiempo, placentera.

Al contrario de la ciudad, cuya algarabía, vacua y cerril, personificaba aquello que le trastornaba y confundía hasta lo insospechado.

Por eso, cuando se veía obligado a visitarla, con ocasión de algún aburrido y pesante trámite burocrático -inaplazable, como suelen serlo, por imposición- se aprestaba a colocarse

taponos en los oídos, con tal de reforzar su defensa numantina ante la ofensiva que era consciente debía encarar.

Y así, con los taponos puestos, que eran de un llamativo color naranja, hablaba a gritos, como si lo hiciese desde la almena de un castillo. Huelga decir que, de esta guisa, no hacía más que descubrirse ante la gente como un redomado paleta. A buen seguro proveniente de algún recóndito lugar donde debían de abundar, en una combinación fétida e insoportable, la ausencia de la educación más elemental, unida a las heces que, pesada en quintales, produce el ganado.

Esos taponos eran los que, a veces, cuando, exhausto, retornaba a su casa, con el olor característico de un granjero que ha estado en la ciudad -es decir, con el mareante aroma de un puerco estresado- olvidaba retirar de sus oídos, antes de meterse en la cama. Queremos pensar que, por esta razón, y también porque su sueño era lo más parecido al estado de quien ha quebrado su cordón de plata, no había ruido en este mundo que fuera capaz de despertarle.

La granja, entonces, quedaba al inmejorable recaudo de Barítono. El perro, dotado de un fino oído y un mejor olfato, no cejaba en su empeño -con ese vozarrón destemplado que los buitres odiaban- de amedrentar al desorientado paseante que se dejara caer por aquellos solitarios pagos. Y decimos “paseante” porque nunca, hasta el presente, se había reportado la existencia de ningún maleante.

Ladraba hasta la saciedad. O, dicho de otro modo, hasta la más literal ronquera.

En un escenario en el que pudiese atisbar el menor asomo de peligro, su despliegue demostraba un absoluto portento físico, puesto que recorría, sin desmayo, el perímetro de la granja, y no retrocedía sobre sus pasos -¡juramos que no lo hacía!-, sino una vez convencido de que el visitante se

encontraba a una distancia kilométrica de sus regios dominios.

Desde que el alba despuntaba, los buitres, ocasionalmente comandados por Roña (a quien más adelante se tendrá oportunidad de conocer), solían sobrevolar el enclave inexpugnable en el que Barítono, por encima de cualquier otra circunstancia, se comportaba -según sabemos- como un fiel cancerbero.

Les animaba, en el fondo, un simple prurito vindicativo, a saber, el de enrabiatar a su hosco vecino, el cual, acaso como contrapartida, sobrepasada la medianoche, les imponía su intención de ser admirado en su aullar constante, sabedor del frenético reverbero de ecos que, merced a la proximidad de aquellos farallones que servían de parapeto y morada a los buitres, no podía dejar de provocar.

Pero no, el estímulo que movía al perro en su actitud no era la venganza, pese a lo que inicialmente pudiera creerse.

Barítono, en realidad, no pretendía molestar ni importunar a nadie -aunque, es cierto, que a los buitres los tuviera “hasta aquí”..., que es tanto como decir atragantados-, sino que el ambiente de la noche, sobre todo cuando la luna se muestra especialmente acicalada y presumida (como luce, fuera de calendario, en los días de fiesta), le impulsaba a entonar, en clave de aullido, aquellas robustas letrillas que le salían del corazón. Es verdad que, inevitablemente, deslucidas, debido a los desafinados gorgoritos que, por su falta de aptitud, no tenía forma de impedir.

Su apasionado y vibrante solaz, con motivo de las notas más agudas -que eran las que imponían los momentos álgidos, es decir, los que podrían considerarse los cúlmenes líricos de su ejecución- no le hacía ninguna justicia al lamentable resultado sonoro que producían.

Estos arrebatos de *luna bella* (que es otra, no de astrónomo, pero sí de poeta, de las fases lunares) solían sorprender a la

aldea en la placidez del sueño, ajena completamente a cualquier cosa que no fuera ocuparse de procurar descanso al cuerpo esclavo y al alma omnipotente, tras haber sido ambos vapuleados por un día más de vida facinerosa.

Solo Fonseca, el empresario de pompas fúnebres, aficionado a la ciencia matemática –como, sin duda, debiera serlo todo ciudadano responsable en un mundo como el actual- (*se ve, de repente, a Mafarrico, que añade: “o, al menos, tener nociones de Aritmética”*), solía prolongar en exceso su vigilia, lamentando el aciago día en que decidió montar semejante negocio en una aldea de gente tan longeva, mientras garabateaba rápidos cálculos de probabilidades para tratar de averiguar, aunque fuese por aproximación, cuándo era previsible contar con algún fiambre que le sirviera de excusa para emitir una factura.

Esta tarea la llevaba a cabo en la quietud de la noche, no se sabe si para ganar concentración y evitar errores, o por ser consciente de estar haciendo algo poco decente. O acaso su intención fuera nomás que las cuentas -camufladas en un escenario de nieblas y tinieblas-, unido a la presencia, casi religiosa, de un frasco de cristal -que, repleto de un polvo blanco, reposaba sobre su escritorio como un exvoto-, se vieran imbuidas por las fervientes declaraciones que no cejaba de verbalizar, con la esperanza de que la profecía de sus números, finalmente, se cumpliera.